

# La Revolución Rusa: un centenario

Joseba Louzao Villar

Profesor titular del Centro Universitario Cardenal Cisneros  
Universidad de Alcalá de Henares (Madrid)  
E-mail: joseba.louzao@cardenalcisneros.es

Recibido: 5 de enero de 2017

Aceptado: 10 de enero de 2017

**RESUMEN:** En febrero de 2017 se cumplen cien años de la Revolución, que supuso el fin del zarismo. Aquel acontecimiento fue el inicio de la conquista del estado por parte de los bolcheviques, que se produciría finalmente en octubre del mismo año. El artículo reconstruye, con la perspectiva que da la historia, los hechos y los significados de aquel año 1917 en Rusia, que tanto ha marcado la historia universal. Este centenario quizá pueda ser el momento para que muchos descubran que hay poco que celebrar. Aunque siga siendo una relación controvertida, hay más de una línea directa entre Stalin y Lenin. El terror se encontraba ya en los orígenes de la revolución.

**PALABRAS CLAVE:** bolcheviques, centenario, comunismo, Lenin, revolución rusa, zares.

## 1. Introducción

Aunque la fecha concreta sigue siendo un misterio, sabemos que ocurrió a finales de 1919. Lenin salió del Kremlin en su *Rolls-Royce* negro para visitar a su mujer. Hacía frío y la carretera estaba nevada, aunque eso no le preocupaba a un pequeño grupo de maleantes. Querían aquel pretencioso vehículo. Los bandidos se habían hecho fuertes en el caos revolucionario. Sorprendido ante lo que estaba sucediendo, y creyendo estar ante la

habitual patrulla revolucionaria, Lenin se identificó y preguntó qué ocurría. La respuesta del líder de los ladrones aclaró el malentendido: “Me da igual que seas Lenin. ¡Yo soy Koshelkov, el dueño de la ciudad nocturna!”. Fueron pocos minutos, pero pudieron cambiar la historia. Lenin fue apuntado por dos pistolas mientras sacaba de su bolsillo la cartera y su *Browning*. Aún en el coche, su chófer personal Stepán K. Guil tenía a tiro al líder de los bandidos. Pero intuía que la mejor solución no pa-

saba por abrir fuego. El líder revolucionario respiraba aliviado y no podía ocultar su indignación.

¿Cómo era posible que sus hombres se hubiesen dejado avasallar por miembros del hampa moscovita? Guil le repetía: “Vladimir Ilich, no teníamos elección”. Sin embargo, la noche aún no había acabado, Lenin sería abofeteado otra vez. Al llegar al *soviet* más cercano, el centinela no le reconoció y estuvo a punto de impedirle la entrada. Era la gota que colmaba el vaso. Las consecuencias de aquella noche no tardaron en llegar. Se tomó la decisión de luchar implacablemente contra los bandidos con la creación de un grupo especial dentro de la *cheka*. Varias decenas de delincuentes fueron detenidos y se cercó a la banda del “Monedero”, como también era conocido el líder del grupo. Había orden de capturarlo: vivo o muerto. Pero Koshelkov lograba escapar constantemente de sus perseguidores. Todo terminó cuando se consiguió retener a su amada. El delincuente cayó en la trampa y comenzó una escalada de violencia suicida cuyo única salida solo podría ser su propia muerte.

Esta narración no ha salido de la mente de ningún novelista, está recogida por Vitali Shentalinski en *Denuncia contra Sócrates*, una documentada investigación con los archivos de la KGB. ¿Qué habría

sucedido si los bandidos hubieran matado a Lenin? No lo sabemos. La historia no puede conocer el condicional porque se conjuga siempre con verbos irregulares. Hoy sabemos, eso sí, lo que realmente sucedió. La Revolución rusa fue un acontecimiento que marcó el desarrollo del pasado siglo y la vida de millones de personas. No se puede comprender el siglo xx sin detenernos en el episodio ruso. En febrero de 2017, se cumplen cien años del primero de aquellos eventos, la conocida como Revolución de febrero, que supuso el fin del zarismo. Pero no solo, ya que aquel acontecimiento fue el inicio de la conquista del estado por parte de los bolcheviques, lo que se produciría finalmente en octubre del mismo año.

## 2. Lenin, la formación de un líder carismático

La Revolución rusa no se puede comprender sin la figura de Lenin como líder de los bolcheviques, tal y como recordaba uno de sus correligionarios, León Trostky, en su *Historia de la Revolución Rusa*. El origen de este movimiento se encuentra en el Partido Obrero Socialdemócrata ruso, que se organizó en el exilio londinense de forma oficial en 1903. Desde ese mismo momento, el partido se escindió en dos facciones irreconcili-

liables. Por un lado, estaban los mencheviques, dirigidos por Yuli Márto, que pretendían conseguir una amplia masa de afiliados para el partido. Era evidente que los mencheviques miraban a sus correligionarios de Europa occidental porque estaban consiguiendo incorporarse en la política parlamentaria e, incluso, discutían sobre la posibilidad de entrar en el gobierno. Por otro lado, se encontraban los bolcheviques, que defendían la importancia de conformar una vanguardia revolucionaria organizada. Eran una mezcla entre el marxismo más ortodoxo y algunas reminiscencias de la tradición rusa, que potenciaba ideas como el coraje y la disciplina. El líder de este grupo era Vladímir Ilich Lenin, que fue también la principal causa de la desunión, ya que jamás consintió llegar a acuerdos con los socialistas que no le aceptaban como guía política.

Pero, ¿quién era aquel revolucionario que se convertiría en una de las principales figuras del siglo xx? Nacido en 1870 a orillas del Volga, Lenin creció en el seno de una familia tradicional, conservadora y ortodoxa. Su padre fue un inspector escolar, lo que le convertía en un funcionario de alto rango. Es más, en la Rusia zarista eso suponía que tanto él como sus descendientes se convirtieron en miembros de la nobleza local. Pero su hermano

mayor fue ejecutado por un intento de conspiración contra el zar Alejandro III y sus hermanas también probaron la dureza de las cárceles zaristas. No fue del todo extraño que los hijos del funcionariado imperial se rebelaran contra sus progenitores convirtiéndose en enemigos del Imperio. Al contrario que sus hermanos, Lenin no tuvo ningún interés político en su juventud. Todo cambió con su llegada a la universidad. La policía lo identificó como familiar de un terrorista y su participación en las habituales protestas estudiantiles de la época sellaron su expulsión de la misma.

Desde ese momento estuvo alimentando su resentimiento y odio hacia el régimen. Al final, consiguió licenciarse en Derecho. Sin embargo, su destino estaba en otro lado: la revolución. Para los compañeros de viaje de aquellos años, Lenin aparecía como un impaciente revolucionario que pretendía que la revolución estallara inminentemente. Poco a poco, sus relaciones con algunos marxistas más formados le convencieron de la necesidad de dos etapas para este proceso a la espera de la maduración del capitalismo. Con sus labores en la clandestinidad, se fue haciendo un nombre dentro del movimiento. En 1896, será detenido por organizar una huelga obrera, lo que terminó con su destierro a Siberia durante tres años. Mientras él estaba allí, el revisionismo

se fue expandiendo por Europa y, especialmente, en Rusia. A Lenin esto le disgustaba tremendamente: no podía comprender que no se entendiera aquella deriva como una traición al marxismo. También se encaró con el movimiento obrero porque, según el líder revolucionario, pensaban más en la lucha sindical que en el derrocamiento del capitalismo. Entonces nació en él una idea clara: si no podía convencer a sus compañeros de partido, él mismo fundaría uno nuevo.

Después de los años del destierro, Lenin se marchó a Alemania donde fundó con el líder menchevique un periódico para defenderse de las corrientes revisionistas que consideraba una heterodoxia malsana. Allí publicó *¿Qué hacer?*, una obra en la que expresaba su reformulación del marxismo, probablemente de forma más heterodoxa que la de los propios revisionistas. Lenin, que hacía una lectura desde la tradición revolucionaria rusa, consideraba que el proletariado por sí solo no podría rebelarse si no era gracias al impulso de una vanguardia intelectual. Poco después se convocaba un congreso socialdemócrata, donde no pudo ocultar sus pretensiones. Hasta abril de 1917, estuvo en el exilio en diferentes países europeos, mientras acusaba de traidores a todos los que no compartieran sus puntos de vista. No tenía escrúpulos

para llevar a cabo lo que creía necesario para conseguir el poder, su única obsesión. Probablemente fuera mucho mejor su genio táctico que el teórico.

### 3. **“¡La crisis está madura!”: Cómo cabalgar un dragón**

La dinastía de los Románov se encontraba agotada y enmarcaba su agenda política en un inmovilismo burocrático y violento. El país se encontraba poco alfabetizado y con un campesinado que pasaba por serias dificultades. Debemos recordar que la servidumbre fue tardíamente abolida en Rusia (1861). Para hacernos a una idea, al principio del xx, el Imperio ruso tenía unos 170 millones de personas, en su mayoría campesinos (los obreros no llegaban a los 3 millones). Aunque en el ámbito económico, gracias a la exportación cerealista, la emisión de deuda pública interior y concesión de empréstitos en el exterior, las cosas no marchaban tan mal. Esta dinámica, de hecho, favoreció el desarrollo industrial, que se vio fortalecida con la construcción del Transiberiano. Además, la Rusia zarista había resultado malparada en la guerra con Japón, una nueva potencia que llegaba al panorama internacional para quedarse. El zar creía que esta era la oportunidad para reafirmar su poder.

Sin embargo, sucedió todo lo contrario porque la derrota azuzó los problemas internos.

La derrota en la guerra contra los japoneses creó una gran insatisfacción entre la población. Fue entonces cuando se produjo una revolución que fracasó finalmente en 1905. La represión del zarismo fue inmisericorde, como testimonia el Domingo Sangriento, en el que una marcha pacífica de protesta de obreros en San Petersburgo fue frenada con la extrema violencia de las tropas cosacas. No eran precisamente revolucionarios radicales. Se trataba de un grupo de trabajadores, encabezados por un sacerdote, que pedían una reforma moral y la organización de un sindicato adepto al régimen. Estos hechos, para el historiador Orlando Figes, son cruciales para entender el desarrollo posterior de la política interna durante las dos décadas siguientes. Los castigos fueron el caldo de cultivo de un odio radical y la búsqueda de revancha entre las clases populares no solo contra el zarismo, sino contra todo aquel que tuviera una cierta preeminencia social, político o cultural. Asimismo, el régimen concedió a la pujante burguesía liberal, que exigía cambios para reformar y modernizar el país, una cámara baja para calmar los ánimos. Pero las cosas no se detendrían. Esta revolución sofocada dejaba otro símbolo: el motín del

acorazado Potemkin, que la Revolución rusa enmarcó como su propio origen gracias a la película homónima de Serguéi Eisenstein (1925).

La Gran Guerra favoreció la creación de una amplia clase trabajadora, especialmente en ciudades como Moscú o la rebautizada Petrogrado, que malvivía en fábricas abarrotadas de obreros llegados del mundo rural. El descontento fue una constante. Los alborotos y las huelgas siguieron en aumento. Además, la guerra y la revolución se dieron la mano en Rusia. En palabras de Lenin, la Primera Guerra Mundial fue el “acelerador de la historia”. Las derrotas produjeron el recrudecimiento de los conflictos sociales desde el otoño de 1916. Desde la perspectiva rusa, la Primera Guerra Mundial solo podía resumirse en el binomio muerte o desertión. No puede extrañarnos que, en febrero de 1917, llegara el inicio del proceso revolucionario, en este caso dominado por el liberalismo, que hirió de muerte al régimen zarista. Las milicias que iban a reprimir a los amotinados se unieron a ellos para pedir comida, lo que selló definitivamente el destino del zar. Era evidente que ya no se podía seguir dando la misma respuesta constante del zarismo: la represión y criminalización para contener las diversas dinámicas revolucionarias.

El zar se había quedado solo, dentro y fuera del país. En todos los lugares de Europa se celebró esta caída, esperada y deseada por muchos. Nicolás II fue convencido para que abdicara, mientras el príncipe Lvov se encargaba de un gobierno provisional, que pretendía continuar con los esfuerzos bélicos. Lvov decía convencido entonces que Rusia se había integrado en el mundo con la aceptación de la democracia. Pero la historia se escribe, a veces, de forma impredecible. Había algo que no tenían en cuenta: el gobierno había perdido el poder sobre el ejército. Los soldados comenzaron a no reconocer la autoridad de sus superiores. Y pocas semanas después del triunfo de la Revolución de febrero, Lenin regresó a Rusia desde el exilio en un tren con los permisos del Estado Mayor alemán. Su llegada tuvo una impactante repercusión en la vida política del país. Lenin traía consigo una serie de ideas que quería imponer. En la Conferencia de los *soviets* de diputados obreros y soldados, que se celebró en el palacio de Táuride en San Petersburgo el 4 de abril, expresó su programa ante delegados bolcheviques y mencheviques.

La polémica no tardó en desatarse. Lenin defendía el rechazo del gobierno provisional, el control estatal debía correr a cuenta de los *soviets* y el país debía firmar la paz con sus enemigos. Tenía claro que

los bolcheviques estaban en minoría, pero esto permitiría iniciar un momento de transición hacia el deseado socialismo. Además, proponía que se creara una internacional que se opusiera a los tímidos socialdemócratas, que caracterizaba como “socialchovinistas”. Aunque recibió críticas, incluso dentro de su propio partido, en octubre estas ideas se pudieron poner en práctica. En el caos, la figura de Lenin se engrandeció. Había esperado a que llegara el momento. Esa ventana de oportunidad se la dio Alexander Kerenski, ministro de la Guerra con el gobierno provisional y que terminó siendo el primer ministro en julio durante la segunda fase de la revolución, que estaba coronada con la llegada al poder del socialismo. En ese interés por continuar la guerra organizó un ataque en Galitzia, que terminó con un gran fracaso y la pérdida de unos doscientos mil hombres. La disciplina se desmoronó y soldados y marinos se amotinaron en la capital. Algunos de los jefes del ejército tenían claro que ya no existía tal institución. De esta forma, fue imposible reprimir la insubordinación. En octubre, los bolcheviques llegaron al poder gracias a tres promesas que respondían a las necesidades de los rusos: paz, pan y tierra. Y lo primero que hicieron fue la firma en diciembre de un armisticio con Alemania, que tendría como consecuencia directa la posterior firma del Tratado de Brest-Litovsk, con el

que Rusia perdía algunos de sus territorios.

Para el verano de 1917, los bolcheviques tenían un gran número de afiliados, pero la gran mayoría habían sido de última hora. Con todo, los líderes del movimiento no creían que tuvieran que rendir cuentas a estos nuevos llegados. Al contrario, sin un corpus teórico bien definido y con una organización frágil, se acercaron a grupos sociales como el campesinado o el ejército, algo que hubieran desaprobado los teóricos europeos para alcanzar el poder con rapidez. En octubre, los comunistas llegaban al gobierno ocupando el Palacio de Invierno. Se había conseguido cabalgar el dragón revolucionaria y el comunismo pedía paso. La realidad les confirmaba que había llegado la hora de la revolución socialista proletaria. El liberalismo había fracasado en Rusia, tal y como lo iba a hacer en otros países europeos en la década posterior. No podemos olvidar que antes que los hombres dirigidos por Trostky conquistaran el poder, el gobierno de Kerensky ya caminaba hacia el vacío.

#### 4. **“Salvo el poder, todo es ilusión”: cómo construir un estado nuevo**

Los bolcheviques llegaron al poder de un país que estaba marcado por

la diversidad social, lingüística y étnica, donde las comunicaciones eran bastante limitadas. Era un país enorme y en transformación. De hecho, semejantes dimensiones tuvieron un efecto en la normalización de las órdenes comunistas, sin olvidar que muchos jefes locales tenían unos intereses contradictorios con los que llegaban del poder central. La urbanización fue un proceso que creó también muchos problemas, entre los principales estaban el creciente desarraigo de la población y las enormes desigualdades sociales. Se estableció una constitución que denominaba al país como la República Federal Socialista Soviética y que, en 1923, mediante una nueva constitución, terminó por llamarse Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Los comunistas querían conquistar el poder definitivamente y, sobre todo, crear un nuevo estado en clave revolucionaria.

Las principales herramientas fueron la firma de la paz y la nacionalización de la propiedad. El primer decreto de los bolcheviques fue la expropiación de tierras a los terratenientes para repartirlas entre los campesinos. Asimismo, el poder que habían tenido los soviets hasta el momento recayó en el Partido Comunista. La respuesta social a este avance revolucionario será diferente según los ámbitos. Unos se mantuvieron dentro de la revolución, mientras otros comenzaron a

dudar. En contra a muchos de los antiguos valedores del régimen zarista como, por ejemplo, la Iglesia ortodoxa sufrió los estragos de la Revolución bolchevique. El clero y los devotos sufrieron penas de prisión o la muerte. La religiosidad solamente pudo sobrevivir en la clandestinidad. La ofensiva antirreligiosa comunista fue atroz e, incluso, la vertiente más cultural de la religión, como Bach o Mozart, fueron prohibidos por ser productos alienantes. Parafraseando el reconocido título del libro de Tatiana Góricheva: hablar de Dios resultaba peligroso.

Con semejante contexto, la guerra civil no tardó en estallar. Se llevó la vida de millones de personas entre 1917 y 1923. Las fuerzas contrarrevolucionarias, el llamado ejército blanco, fue apoyado por las potencias extranjeras, aunque no de forma demasiado entusiasta. Pero, y aún con esas ayudas, no pudieron derrotar al ejército rojo, que controlaba las zonas centrales y más industrializadas del país. El miedo a un contagio a nivel continental era una constante, sin embargo, pese a las intenciones, solo un país el comunismo pudo ser una realidad en una Hungría marcada por una guerra civil intestina. Pero no solo. Los bolcheviques también se tuvieron que enfrentar al efervescente problema de las nacionalidades. Los líderes comunistas pronto descubrieron que los mo-

vimientos nacionalistas de la periferia rusa estaban engendrando un movimiento contrarrevolucionario. Crearon, entonces, un sistema federal que resultó ser muy eficaz para la colaboración política y la participación en el gobierno. En Ucrania, por ejemplo, la mayoría de los niños podían educarse en su idioma, algo impensable durante la época zarista. No nos puede extrañar desde esa perspectiva el éxito del modelo en sus inicios. Aunque todo esto no fue más que una pantalla, ya que el poder descansaba rígidamente en Moscú.

Por otro lado, con el avance del comunismo se estableció la dictadura del proletariado y se eliminaron el resto de los partidos políticos. La burocracia fue creciendo exponencialmente dentro de un sistema de clientela política que dominaba todos los ámbitos de la vida soviética. Los funcionarios pensaban en sus intereses en primer lugar. Además, había que saber nadar en estas peligrosas aguas: promoción y lealtad. Y todo ello sazonado con el terror instaurado por los revolucionarios. Lenin eliminó todos los procedimientos jurídicos para dejar la justicia en manos de tribunales revolucionarios. También se creó la policía secreta, la *Cheka*, que facilitó el uso del miedo como mecanismo de control desde temprano. Orlando Figes lo detalla con un anécdota que demuestra la importancia del terror en este pro-

ceso. En una reunión, el Lenin preguntó cuántos detenidos políticos existían en la ciudad de Moscú. Uno de los responsables de la *Cheka* le pasó la lista con los nombres de mil quinientas personas. El líder comunista marcó la lista con una cruz, lo que era su forma de indicar que había leído el documento. Esta señal fue malinterpretada por el jerarca soviético como un signo de que debía matar a los detenidos. Dicho y hecho: esa misma noche todos ellos fueron fusilados. Un error de comprensión hizo que unas horas se condenara a la muerte a más personas que las que había ajusticiado el zarismo. Un simple relato nos demuestra la crueldad del régimen que se estaba estableciendo.

Con todo, el principal elemento de la nueva política comunista será la NEP, Nueva política económica (1921), que pretendía hacer frente a los problemas económicos y de producción que estaba atravesando el país como consecuencia de lo que se denominó el comunismo de guerra. Para ello se ensayó un pseudo-capitalismo, que fue entendido por muchos como una traición a los ideales. Pero el fracaso en términos económicos de esta nueva estrategia fue rotundo. El pan prometido no llegó y los campesinos se enfrentaron a una hambruna generalizada que las autoridades no pudieron detener. No fueron pocas las escenas

macabras de canibalismo buscando la supervivencia. En realidad, se trató de otra guerra civil encubierta entre el poder comunista y los campesinos. Cualquiera de ellos era tratado como un traidor a la revolución si se mostraba contra las disposiciones.

Pero, contra todo pronóstico, la revolución sobrevivió entre continuas crisis y dificultades. Lenin supo corregir el paso sobre la marcha. De esta forma, supeditó la revolución mundial al éxito en Rusia y creó un Estado-Partido-Policía en el que apoyarse para dominar todo un extenso país. Eso sí, las disensiones y oposiciones fueron una constante. Los bolcheviques no perdonaron a sus compañeros de viaje, ya fueran liberales o marxistas. Pero no solo, ya que entre los propios comunistas, hubo duros enfrentamientos que terminaron con purgas y asesinatos. En el verano de 1918, Lenin expulsó del partido a trescientos mil afiliados. Tras su muerte, el vacío de liderazgo llevó a una escalada del conflicto interno que se puede personificar en las figuras de Trotsky y Stalin. Al final, Stalin ganó la batalla y la violencia fue creciendo en intensidad contra el enemigo interior. De hecho, la década de los treinta estuvo marcada por las purgas y la consolidación del sistema de *gulags*. Trotsky fue asesinado en su exilio mexicano y la mayoría de los líderes revolucio-

narios terminaron siendo ajusticiados por el régimen que habían ayudado a nacer.

Aunque nos pueda parecer paradójico, para muchos intelectuales del período de entreguerras, la Unión Soviética se convirtió en el paraíso prometido. Pero las visitas de unos pocos de ellos facilitaron la ruptura del hechizo. Así, por ejemplo, Bertrand Russell pasó unas semanas allí durante 1920. Pronto descubrió lo que había detrás de todo lo que le pretendían mostrar. Especialmente, le causó una malísimamente imagen Lenin, quien le concedió una audiencia mientras se encontraba posando para un busto mientras narraba con satisfacción hechos crueles y violentos de la revolución. A su vuelta de esta experiencia, Russell escribió un librito bajo el título *Teoría y práctica del bolchevismo*, donde destacaba que todo lo que él creía que debía valorarse de la vida humana, se estaba destruyendo en ese momento. Para Russell los revolucionarios soviéticos eran fabricantes de miseria humana.

5. **“La verdad siempre es revolucionaria”:  
Las consecuencias  
de una tragedia**

Lenin murió en enero de 1924. La radio oficial exclamó entonces: “¡Lenin ha muerto: el leninismo

vive!”. No pudo aguantar su tercer ataque de apoplejía. Los achaques de los sucesivos ataques lo habían apartado de la política. En paralelo, fue creciendo el culto a su personalidad. La figura de Lenin era un asunto de Estado. El cadáver recorrió las calles de la capital abarrotadas de miles de personas que querían despedirlo. Las sirenas no paraban de sonar en su honor. No había un programa de sucesión, pero su féretro fue llevado por los líderes del partido: Stalin, Grigori Zinoviev, Lev Kamanev y Nicolai Bujarin. Stalin se hizo con el poder y afianzó el culto la figura de Lenin, quizá porque sabía que en documentos secretos aparecía una opinión negativa de Lenin sobre su persona. Petrogrado, la antigua San Petersburgo, pasó a llamarse Leningrado en honor del líder revolucionario, cuyo cuerpo descansó embalsamado en un mausoleo de la Plaza Roja de Moscú.

Ninguna revolución se parece a otra, aunque caigamos en la tentación de compararlas habitualmente. Lenin fue el responsable directo de lo que sucedió. Aunque siga siendo una relación controvertida, hay más de una línea directa entre Stalin y Lenin. El terror se encontraba en los orígenes de la revolución. Fue, como subtítulo su popular obra el historiador Orlando Figes, la tragedia de un pueblo. Lenin y sus seguidores no dudaron en utilizar cualquier instru-

mento para legitimar su poder. La única verdad que conocían era la revolucionaria. No había nada que pudiera pararlos en una misión que entendían como redención. Tony Judt recordaba que existieron dos tipos de bolcheviques en aquellos días: quienes no fueron capaces de asumir las consecuencias humanas de sus acciones y los que creían que se debía continuar, aún conociendo sus terribles resultados. En este centenario quizá pueda ser el momento para que muchos descubran que hay poco que celebrar. El testimonio de Evgenia Ginzburg en su obra *El vértigo*, que narra la experiencia de cárcel y sufrimiento de quien fue

miembro del Partido Comunista, nos hace reflexionar humanamente sobre las consecuencias de la Revolución de octubre:

“En el insomnio, la conciencia no se consuela por no haber participado directamente en los asesinatos y las traiciones. Porque no sólo mata el que asesta el golpe, sino los que han avivado su odio. Repitiendo irreflexivamente peligrosas fórmulas teóricas. Levantando en silencio la mano derecha. Escribiendo cobardemente una verdad a medias. *Mea culpa...* Y creo, cada vez más, que dieciocho años de infierno en la tierra no bastan para una culpa como ésta”. ■

---

# SALTERRAE

Gabino Uríbarri Bilbao, SJ

## La mística de Jesús

*Desafío y propuesta*

  
SALTERRAE

  
Presencia  
Teológica

GABINO URÍBARRI BILBAO, SJ

## La mística de Jesús

*Desafío y propuesta*

272 págs.

P.V.P.: 16,00 €

La cuestión religiosa hoy para el hombre occidental posmoderno que busca la trascendencia es la cuestión mística. El desafío más agudo para el cristianismo en nuestro tiempo y, con él, para la mística y la espiritualidad cristiana, es su afirmación y plausibilidad cultural en el humus de la Modernidad, en concurrencia abierta con otras propuestas. En definitiva, lo que está en juego es la confrontación entre diferentes modos de apostar por la salvación y el bienestar: apoyados en las propias fuerzas (misticismo oriental), mediante el abandono y la disolución en las fuerzas cósmicas («Nueva Era»), a través del ejercicio filial de la libertad con la gracia de Dios (cristianismo).

  
LOYOLA  
GRUPO DE  
COMUNICACIÓN

Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)  
pedidos@grupocomunicacionloyola.com

---